

DIALÉCTICA PERSONA-COMUNIDAD EN EL PENSAMIENTO Y EN LA SOCIEDAD ACTUAL: MIEDOS, RETOS Y PROPUESTAS PARA LA REVITALIZACIÓN DE LAS COMUNIDADES AGUSTINO-RECOLETAS

Antonio CARRÓN DE LA TORRE, OAR

Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno. Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar (Hch 2,44-47).

Introducción

Inspirándose en la Sagrada Escritura y en la tradición agustiniana, para un agustino recoleto hablar de comunidad es algo esencial e irrenunciable. A su vez, la comunidad se compone de personas. Ambas realidades –persona y comunidad– van siempre de la mano, constituyéndose la una en fundamento y sentido de la otra.

En la siguiente reflexión pretendemos iluminar esta perspectiva dialéctica entre persona y comunidad fundamentando el origen de ambas dimensiones desde la sociedad y el pensamiento contemporáneo. Daremos también algunas pautas básicas sobre la comunidad cristiana y nos centraremos en las comunidades formadas por personas consagradas, para aterrizar posteriormente en los miedos, retos y propuestas para la revitalización de las comunidades agustino recoletas.

1. Dialéctica persona-comunidad en el pensamiento contemporáneo

La reflexión contemporánea sobre la persona se inserta en la comprensión de la misma como un proyecto que se va haciendo en la relación con los demás. El ser humano es persona porque su existencia está orientada y ligada a la exis-

tencia de los demás a través de las coordenadas del tiempo y del espacio, al estilo heideggeriano, aunque su fundamento último, según no pocos autores, lo encuentra en Dios. Con ello se trasluce y se le atribuye, en sentido scheleriano, un carácter trascendente. La persona, pues, encierra infinitud y trascendencia. Esta trascendencia se constituye en una acción fundamental en la que el sujeto acoge la revelación de su ser y, a la vez, experimenta la necesidad de buscar el «yo originario».

Intentando hacer una sencilla síntesis podemos decir que, a largo de la historia del pensamiento, se ha tratado el concepto de «persona» desde dos aspectos. El primero hace referencia a su estructura, en cuanto que se constata una evolución de una concepción «substancialista» de «persona» a otra como centro dinámico de actos¹. El segundo señala la evolución del concepto de «persona» a partir de la valoración de sus actividades tanto volitivas como emocionales, en detrimento de las racionales. En este sentido se orientarán, entre otros, Max Scheler², para quien la persona no es un «ser natural», ni un «ser cósmico», sino un individuo de carácter espiritual. De esta forma, se valora un aspecto fundamental en la persona: su «trascendencia», lo cual significa que la persona no se rige por los límites de la propia subjetividad.

Pedro Laín Entralgo y Xavier Zubiri, entre otros, entienden la «trascendencia» como «apertura», «autenticidad» y «ser sí mismo»³. Afirmen la discontinuidad entre lo animal y lo humano. Consideran que la «condición humana» se caracteriza por una «apertura» que consiste en que el ser más íntimo de la condición humana se abre a otras realidades que superan la esfera biológica. Dichas realidades son la cultura, la religión y la ética, resultado de la «autoconciencia» humana, reflejo de su capacidad por preguntarse y hacerse cargo responsablemente de la historia y de la realidad.

A su vez, las antropologías de inspiración personalista –con Manuel Mounier a la cabeza⁴– buscan caracterizar de manera diferente el ser del hombre, recurriendo a una visión más completa que se circunscribe en la apertura al misterio religioso. Se ve al ser humano como alguien que existe junto con los demás en el mundo para realizarse⁵.

1 Cf. P. LAÍN ENTRALGO, *Teoría y realidad del otro* 2, Madrid, Revista de Occidente, 1968, 268.

2 Cf. M. SCHELER, *El puesto del hombre en el cosmos*, Buenos Aires, Ed. Losada, 1938, 58.

3 Cf. P. LAÍN ENTRALGO, *Teoría y realidad del otro* 1, Madrid, Revista de Occidente, 1968, 221-55.

4 Cf. E. MOUNIER, *Manifiesto al servicio del personalismo*, Madrid, Ed. Taurus, 1965, 71; ID., *El personalismo. Antología esencial*, Salamanca, Ed. Sígueme, 2002, 601.

5 Cf. J. GEVAERT, *El problema del hombre*, Salamanca, Ed. Sígueme, 1991, 29-30.

Pero desde mitad del siglo pasado quizás ha sido otra autora española, María Zambrano, quien mejor ha presentado a la persona como ser en relación. Zambrano considera que el ser humano se transforma al transcurrir del tiempo, en el sentido de un «ser» que es «proyecto» y que está en camino de «ser» y de «hacerse». Por tanto, el ser humano es alguien que crece en la medida que se apropia de su entorno y toma conciencia de su «ser-ahí». Siguiendo a Leibniz, afirma que el ser humano es persona cuando se sabe a sí mismo y se entiende a sí mismo, lo que significa que es un individuo que posee condiciones para poder llegar a conocerse.

Para María Zambrano el ser humano se comprende como persona cuando intenta ubicarse en la historia. Es decir, la persona es el ser que se sabe y se siente responsable de la historia y de la sociedad, porque, al descubrirse como tal, vislumbra la responsabilidad que tiene frente a los demás en la construcción de una sociedad con principios humanizadores. La manera en que María Zambrano trata al ser humano nos permite afirmar que este va haciendo su propia vida, en la que se puede observar una dinámica procesual de crecimiento y de maduración con los otros.

Así pues, desde esta línea de pensamiento, un aspecto fundamental que determina al ser humano como persona es su capacidad de relación con los otros. De ahí que pueda vivir su alteridad y pueda constituir su mismidad desde ese otro diferente a él. El reconocimiento es la puerta de entrada para que el ser humano se conozca a sí mismo. En esta situación de «auto-conocimiento» se presenta la relación como una necesidad que se «impone». De este modo, es una realidad que no se puede evadir, sino que es necesario asumir, porque responde a la estructura humana. En este punto enlaza con la doctrina agustiniana –«Oh Dios, que eres siempre el mismo: conózcame a mí, conózcate a Ti» (*sol.* 2,1,1)– de la necesidad de conocerse a uno mismo para conocer a Dios, de ver en Él a los demás y en los demás, a Dios.

Aceptar que somos seres creados para la relación significa que nuestra vida se realiza y se potencia junto con la vida de otros. A la vez, supone tomar conciencia de que no sólo se «vive», sino que el vivir supone una reciprocidad activa con el otro para constituir la relación interpersonal que crea el pronombre personal «nosotros». A este respecto, Ortega y Gasset dice que la palabra «vivimos», en su «mos», expresa una nueva realidad, que es la relación «nosotros: unus et alter», yo y el otro juntos hacemos algo, y al hacerlo «nos» somos. De esta manera, Ortega sugiere que, si a la relación de apertura al otro se le llama «altruismo», este sernos mutuamente deberá llamarse «nostrismo o nostridad»⁶.

6 Cf. J. ORTEGA Y GASSET, *El hombre y la gente*, Madrid, Revista de Occidente, 1957, 138.

Así pues, la existencia del ser humano como persona se inicia en la «relación» con el mundo y con los demás. De esta relación brotan los juicios, las valoraciones, los análisis, las confrontaciones con respecto a lo que es externo a mí. Pero todo es indicio de la necesidad que existe en el ser humano de «apropiarse» de la realidad, en el sentido de hacerla suya para poder interactuar con ella.

La relación que el ser humano establece con otros, con el mundo temporal y espacial, es lo que le posibilita tomar conciencia de sí mismo. Es, en realidad, donde el ser humano se capta como persona o no, y donde se inicia la existencia del mundo para él.

Más aún, la ética de María Zambrano implica la persona en el ejercicio de la responsabilidad frente a los demás, a partir de una visión «piadosa» que se dirige a las situaciones concretas que definen la realidad de las personas. Así, el otro está presente a la existencia personal y se constituye en un ser con los demás y para los demás, lo cual evidencia que la existencia se desarrolla con otros en el mundo, que nuestra existencia está ligada a la llamada del otro. El sujeto encarnado o hecho entrañas se constituye en una exigencia ética de sacrificio y entrega por el otro.

Este llegar hasta la «expiación por el Otro», que convierte al sujeto en «rehén del Otro», es el acontecimiento ético, por el que se subvierte, se desborda el ser [...], es la razón por la que, según Lévinas, puede haber en el mundo lo poco que en él hay de piedad, compasión, proximidad y perdón⁷.

Así pues, en la comunión con los demás se adquiere la certeza, por un lado, de que la existencia del otro me afecta, pues es un ser que se revela y se da a conocer. Y, por otro, se evidencia el carácter fundamental ético de mi existencia, en el sentido de que todo lo que se debe hacer va unido al reconocimiento del otro. De este modo, tanto para Zambrano como para Lévinas, la exigencia del otro es algo trascendental y absoluto.

El ser humano, al ser consciente de que la vida es apertura al otro, posibilita una liberación que experimenta personalmente, pero que pasa a través de la liberación del otro. Esta realidad configura un saber salvador que se fundamenta en el conocimiento de la vida, de los demás, en donde cada ser humano se descubre portador de la vida. No se trata de someter o de dominar al otro, sino de dejar que su «ser» sea como él va «siendo». Es posibilitar que el ser humano vaya siendo persona desde el conocimiento que tiene de sí mismo y de aquellos que comparten su existencia y que se constituyen en semejantes y próximos.

7 J. M. BENEYTO, «La multiplicidad de los tiempos. María Zambrano en diálogo con Koselleck, Han Blumenberg y Emmanuel Levinas»: ID. y J. A. GONZÁLEZ FUENTES (coords.), *María Zambrano. La visión más transparente*, Madrid, Trotta, 2004, 503.

2. Dialéctica persona-comunidad en la sociedad actual

Una comunidad es «un grupo de personas asociadas con el objeto de llevar una vida en común, basada en una permanente ayuda mutua»⁸. En los estándares de nuestra sociedad, el grado de vida común y de ayuda mutua varía ampliamente según la comunidad. Pero lo que parece irrenunciable es que la persona humana requiere, por su dignidad y para satisfacer sus necesidades, formar parte de la sociedad. Los seres humanos, por naturaleza, tienden a participar en la vida comunitaria.

Por otro lado, el bien común de la sociedad, llamado a veces bien general, no es ni el bien individual ni la suma de bienes individuales de cada una de las personas que compone la sociedad (individualismo). Pero tampoco consiste en el bien propio de la sociedad que se lo atribuye todo a sí misma independientemente de su relación con las personas (colectivismo). En ambos casos el ser humano queda oprimido por los más fuertes. El bien común significa que la sociedad vela por los derechos fundamentales de las personas, derechos que ella no puede violar en ningún caso. Y también supone que cada persona, sintiendo esa común voluntad de bien, esté siempre dispuesta a sacrificar ciertos intereses individuales en aras de eso que se llama entonces «interés general». Está bien claro que las dos nociones de «persona» y «bien común» son correlativas y no deben jamás separarse la una de la otra.

Al establecer esta relación entre persona y comunidad no podemos olvidar realidades tan fundamentales en nuestro mundo como la familia, la amistad, el asociacionismo, los movimientos espontáneos que unen a los individuos con un objetivo común (religioso, político, deportivo), e incluso, en su vertiente más negativa, el fanatismo.

Sin embargo, hechas estas consideraciones, que en gran medida resultan más conocidas, quizás la manifestación actual más relevante en esta dialéctica persona-comunidad sea la de las redes sociales surgidas a través de Internet. Hablar hoy día de Facebook, MySpace, Twitter, Tuenti, Google +, Instagram, Pinterest o LinkedIn no es referirse a nuevas tecnologías, sino a la tecnología vigente y más utilizada en la actualidad. No obstante, para evitar confusiones, es bueno hacer alguna aclaración para distinguir los conceptos básicos⁹: foro, blog, red social y comunidad virtual.

8 <http://www.corazones.org/diccionario/comunidad.htm>

9 Cf. J. A. GALLEGO VÁZQUEZ, *Comunidades virtuales y redes sociales*, Madrid, Ed. Wolters Kluwer, 2012.

¿Qué es un foro? La mejor similitud de un foro es con un bar, donde todo el mundo que entra está al mismo nivel e intercambia opiniones sobre un tema. Es una herramienta de «muchos para muchos» (muchos hablan, muchos contestan). Los participantes están, como decimos, al mismo nivel y, por lo general, los foros están dedicados a un tema en particular. Y como sucede en los bares, a medida que la conversación avanza, el tema «original» se diluye en decenas de conversaciones paralelas. Es la herramienta a elegir para provocar una conversación no sesgada entre muchos usuarios.

¿Qué es un blog? Esta herramienta se asemeja más bien a un «discurso» o «charla magistral», donde el ponente, al final del mismo, permite a sus oyentes un turno de «preguntas y respuestas». En cualquier caso, el blogger es el que «controla» la conversación y el que marca las directrices. Es una herramienta de «uno para muchos», ideal cuando queremos transmitir una idea a la comunidad.

¿Qué es una red social? Una red social es como una boda: los invitados se dividen entre familiares del novio, de la novia, amigos del novio, de la novia... y también en diversos «subgrupos», como «amigos del novio del trabajo», «amigas de la novia del colegio»... Inicialmente, solo hablas con tu «grupo», pues es con sus integrantes con quienes tienes algo en común. Poco a poco, a medida que avanza la «fiesta», interactúas con otros grupos, por muy diversas razones: divertirse, has encontrado a alguien que no veías hace tiempo, etc. Es una herramienta genial para pasarlo bien, ver cómo interactúan las personas y qué temas tienen en común, pero no es fácil sacar de ahí conclusiones que puedan aplicarse a otros ámbitos, como sí sucede con los blogs o los foros.

¿Qué es una comunidad virtual? Se trata de un grupo de personas que, voluntariamente y haciendo uso de un medio virtual (chat, red social, etc.), se asocian con un fin común. La consecución de este fin conlleva un grado de compromiso por cada uno de sus integrantes, estableciéndose así una relación particular entre ellos y una jerarquía, específicas de esa comunidad. Ejemplo de ello puede ser alguna de las redes sociales antes mencionadas, Wikipedia, Tripadvisor, etc. Dando los pasos oportunos, una comunidad virtual puede llegar a convertirse en negocio, como es el caso de eBay, Amazon, etc.

Como todo, estas nuevas formas de comunicación tienen muchas ventajas, pero también muchos inconvenientes. La globalización y el acceso universal a la información, la rapidez, el fácil aprendizaje para los nativos digitales, el coste e incluso el fomento del trabajo cooperativo y la solidaridad a gran escala son algunos de los puntos a favor. Pero también hay que tener en cuenta la despersonalización en las relaciones, la doble vida, la pérdida de habilidades sociales cara a cara, la búsqueda de prestigio virtual pero no real, el fraude, etc., son algunas de las muchas pegadas que se podrían poner. En cualquier caso, hoy no podemos ser

ajenos a esta nueva dialéctica entre persona-comunidad ya implantada en nuestro mundo.

Hechas las consideraciones generales sobre la dialéctica persona-comunidad en el pensamiento y sociedad contemporáneas, nos centramos en lo que supone la comunidad cristiana¹⁰, más específicamente la comunidad agustino recoleta.

3. Vocación a la santidad de toda vocación cristiana

Toda comunidad cristiana tiene como fin último la santidad de sus miembros. Hay dentro de la Iglesia distintos tipos de comunidad que van desde relaciones más profundas a más superficiales, pero todas llevan a la santidad. Tomamos como referencia los siguientes textos que constituyen la espina dorsal de nuestra reflexión. Leemos en la *Lumen Gentium*, 39:

El Hijo de Dios, a quien con el Padre y el Espíritu llamamos «el solo Santo», amó a la Iglesia como a su esposa, entregándose a sí mismo por ella para santificarla (cf. Ef 5,25-26), la unió a sí mismo como su propio cuerpo y la enriqueció con el don del Espíritu Santo para gloria de Dios. Por eso, todos en la Iglesia, ya pertenezcan a la jerarquía, ya pertenezcan a la grey, son llamados a la santidad, según aquello del Apóstol: «Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación» (1 Tes 4,3; Ef 1,4) (LG, 39).

En este texto se expresa el fundamento cristológico de la santidad y la vocación universal a la misma. En esta vocación de santidad,

la vida fraterna tiene un papel fundamental en el camino espiritual de las personas consagradas, sea para su renovación constante, sea para el cumplimiento de su misión en el mundo (vc 45).

Abundando en el tema, la «Congregación para la los Institutos de vida consagrada y Sociedades de Vida Apostólica», en el documento *Vida fraterna en comunidad*, nos dice:

Quien pretende vivir una vida independiente, al margen de la comunidad, no ha emprendido ciertamente el camino seguro de la perfección del propio estado (vfc, 25).

10 Para los apartados siguientes nos servimos fundamentalmente del contenido de la ponencia de Alfredo Arce Medina, titulada *La comunidad agustiniana: relaciones fraternas*, en las Jornadas de Oración celebradas en Monachil durante los días 26 y 28 de diciembre de 2013. Él, a su vez, se fundamentaba en la obra J. M. ILLARDUJA, *10 palabras clave sobre la vida consagrada*, Estella, Ed. Verbo Divino, 1997.

Y más recientemente, en el documento *Caminar desde Cristo*, se insiste:

El sentido dinámico de la espiritualidad ofrece la ocasión de profundizar, en esta época de la Iglesia, una espiritualidad más eclesial y comunitaria, más exigente y madura en la ayuda recíproca, en la consecución de la santidad, más que en opciones apostólicas (cc, 20).

4. La comunidad, dimensión de la vida consagrada

Dice Juan Pablo II:

Toda la fecundidad de la vida consagrada depende de la calidad de la vida fraterna en común. Más aún, la renovación actual en la Iglesia y en la vida consagrada se caracteriza por una búsqueda de comunión y comunidad¹¹.

Siempre había sido considerada la vida de comunidad como parte esencial de la vida consagrada. Pero, con frecuencia, esta forma de vida consistía más en compartir unos bienes comunes, un mismo techo y en acudir juntos a unos actos comunes que en vivir los hermanos el encuentro de la comunión.

Como otras tantas dimensiones de la vida consagrada, también la idea de comunidad ha experimentado cambios profundos en las últimas décadas. La comunión fraterna es hoy un signo del Reino más fiable que otros signos valorados en otros tiempos: observancia, obediencia sumisa, eficacia, profesionalidad, compromiso social... No se trata de negarles su valor, sino de someterlos a la prueba de su verdad: si crean o no comunión empezando por casa.

De todos modos sería un error hacer de la comunidad el único eje de comprensión y de identificación de nuestras comunidades. Un error tanto desde el punto de vista psicológico como antropológico o teológico. La antropología nos dice que la persona, para que crezca armónicamente, debe atender a las tres dimensiones de su estructura humana: la personal, la comunitaria y la histórica. La psicología, por su parte, busca comprender al hombre desde estas mismas tres dimensiones: la personal, la grupal o comunitaria y la intergrupal o socio-histórica. Jesús mismo compromete a sus discípulos a estos tres niveles: «Mientras subía a la montaña, fue llamando a los que él quiso y se reunieron con él. Designó a doce para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar con poder de expulsar demonios» (Mt 3, 13-15).

11 Alocución a la CIVCSVA, 20 de noviembre de 1992.

Es decir:

- a) Llamada a cada uno personalmente.
- b) Comunidad de discípulos convocados en torno a Él.
- c) Envío a anunciar el Reino con poder para luchar contra toda forma de mal que oprime a los hombres.

Nuestras *Constituciones* lo reafirman concretamente para nosotros:

El carisma agustiniano se resume en el amor a Dios sin condición, que une las almas y los corazones en convivencia de hermanos, y que se difunde hacia todos los hombres para ganarlos y unirlos en Cristo dentro de su Iglesia (Const. 6).

Vemos, pues, cómo nuestra vocación agustino recoleta, profundización de nuestro bautismo, se despliega en estas tres dimensiones, cada una de las cuales constituye un tipo de encuentro. Toda vocación cristiana incluye estos tres momentos:

- a) Saberse llamado y responder personalmente.
- b) Compartir un proyecto de vida y de destino con otros que, como yo, han escuchado y respondido a la misma llamada.
- c) Entender la vida como misión en el mundo para compartir lo que uno mismo ha recibido de Dios.

En realidad, la Iglesia es esencialmente misterio de comunión, «muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». La vida fraterna quiere reflejar la hondura y la riqueza de este misterio, configurándose como espacio humano habitado por la Trinidad, la cual derrama así en la historia los dones de la comunión que son propios de las tres Personas divinas.

5. Perspectiva personal de la comunidad: la comunidad funciona si cada persona que la integra funciona

La llamada de Dios se dirige al centro personal de cada uno, a su interioridad, donde uno responde de sí mismo y donde uno se juega la vida. Es ahí donde echa raíces toda vocación. La comunidad sólo nace cuando hay personas con una identidad personal clara, que luego se comparte. Este misterioso ámbito radical de la persona nunca podrá ser sustituido por la comunidad, que tendrá como tarea su cuidado y fomento.

La opción por la vida consagrada supone el don de una vocación, supone escuchar cada día la invitación personal de Dios a vivir su Alianza y a ser enviado por él a construir su Reino. Esta experiencia de Alianza renovada cada día tiene

el poder de centrar y de totalizar toda la existencia de una persona: su corazón, sus energías, sus proyectos. Se inicia un proceso hacia un proyecto ambicioso y arriesgado, pero posible.

Es preciso que la persona consagrada abra a diario su corazón al Dios de la salvación a través de una serie de mediaciones: oración afectiva, escucha de la palabra, formación, discernimiento, disciplina, entrega.

Es en el fondo de cada persona donde se deciden las grandes opciones y las dinámicas de transformación. Lo determinante es la persona y el modo como sale desde sí misma al encuentro de los demás y de Dios. De ahí se deriva un primer principio que regula la vida de toda comunidad: la comunidad funciona si cada persona que la compone funciona. Si se quiere que la comunidad funcione, nada ni nadie podrá ahorrarle a cada hermano el tener que poner en juego cada día sus opciones más personales.

6. Perspectiva comunitaria: la persona funciona mejor cuando la comunidad funciona

Y, sin embargo, entre la persona y su comunidad se da una interacción dialéctica decisiva. Por eso, el principio anterior se completa con este otro que hace como de su contrapunto dialéctico: si la comunidad funciona, cada miembro de la comunidad encontrará en ella su mejor ayuda para su crecimiento personal. «El otro», los otros tienen el poder de interpelar y de provocar mi centro personal para despertar en mí lo mejor de mí mismo. Y también esta interacción es un misterio. Es la perspectiva social de la persona y de la comunidad.

Por eso la persona encuentra en la comunidad la gran mediación para poder vivir la aventura de su vocación decidida en su interioridad. La comunidad, el «espacio teologal» en el que Dios comunica su vida, da sentido a las renunciaciones que conllevan los votos y educa a la persona consagrada en una libertad para el amor. Es preciso recordar siempre que la realización de los religiosos y religiosas pasa a través de sus comunidades. Ahora bien, nuestras comunidades serán mediación de salvación en la medida que alcancen un buen nivel de vida fraterna, en la medida que vivan el encuentro de comunión.

La calidad de vida fraterna en común viene dada por la capacidad que tienen los hermanos de compartir su vida creyente en un encuentro de comunión, esto es, en un encuentro en el que los hermanos se acogen, se comunican, se apoyan y cultivan la amistad para vivir sus niveles vocacionales fundantes.

Ni la «comunidad de observancia» centrada en el cumplimiento de la norma, ni la «comunidad de autorrealización» centrada en satisfacer las necesidades in-

dividuales, ni la «comunidad empresa» centrada en la eficacia por el Reino, ni la «comunidad estufa» curvada enfermizamente sobre sí misma, ni la «comunidad de inserción secular» volcada en las urgencias de los marginados podrán proyectar la vida consagrada hacia su futuro si no logran un buen nivel de calidad de vida fraterna. El futuro de nuestra vida religiosa se proyecta hacia un modelo de vida fraterna que se construye más sobre la calidad de vida de las relaciones interpersonales que sobre aspectos formales de la observancia regular o sobre tareas orientadas a satisfacer necesidades personales o institucionales.

Se pide a las personas consagradas que sean verdaderamente expertas en comunión, y que vivan la respectiva espiritualidad como testigos y artífices de aquel proyecto de comunión que constituye la cima de la historia del hombre según Dios (VC 46).

7. Perspectiva histórico-social: la comunidad y las personas que la componen funcionan si funciona su interacción con los grupos sociales de su entorno

El discípulo y la comunidad se entienden a sí mismos como enviados a comunicar a otros la salvación que ellos mismos han experimentado por gracia y a intervenir en el mundo para transformarlo según el proyecto del Reino. De aquí se deriva otro principio: la comunidad y las personas que la componen funcionan si funciona positiva y creativamente su interacción con los grupos de su entorno.

La comunidad no fue creada para encerrarse en sí misma. Todo el grupo que se cierra sobre sí mismo se muere. Desde su origen queda constituida como comunidad evangelizadora, para dar a conocer al mundo la experiencia que a ella le ha salvado: «Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28,18-20). De acuerdo a nuestro carisma, la comunidad agustino-recoleta está hecha para proyectarse en el mundo de los hombres.

El encuentro de comunión es la primera misión que estamos llamados a ofrecer al mundo, tal como nos pide Juan Pablo II, recogiendo una de las convicciones más sentidas en el sínodo sobre la vida consagrada de 1994:

Se pide a las personas consagradas que sean verdaderamente expertas en comunión (vc 46). Para presentar a la humanidad de hoy su verdadero rostro, la Iglesia tiene urgente necesidad de semejantes comunidades fraternas. Su misma existencia representa una contribución a la nueva evangelización, puesto que muestran de manera fehaciente y concreta los frutos del mandamiento nuevo (vc 45). De este modo la comunión se abre a la misión, haciéndose ella misma misión (vc 46).

Nuestra misión como consagrados no termina en la comunidad: la comunidad es enviada para expandir esa experiencia salvadora de comunión que el Espíritu ha realizado ya, parcialmente, entre los hermanos como prueba de que el Reino se ha iniciado. Por eso, sin la experiencia previa de haberse empeñado en la construcción de la comunión entre los hermanos toda evangelización hacia fuera cae bajo sospecha.

8. Carácter propio agustino recoleto

En la inspiración carismática agustiniana y en la *Forma de vivir* se percibe constantemente esta nota característica de comunión (cf. *Const.* 15). Esta inspiración originaria nuestra, es objeto de especial insistencia para todos los consagrados por parte de Juan Pablo II:

Exhorto por tanto a los consagrados y consagradas a cultivarla con tesón, siguiendo el ejemplo de los primeros cristianos de Jerusalén, que eran asiduos en la escucha de las enseñanzas de los Apóstoles, en la oración común, en la participación en la Eucaristía, y en el compartir los bienes de la naturaleza y de la gracia (cf. Hch 2,42-47) (vc 45).

No se trata sólo de un contenido más entre otros aspectos de vida. Se trata de un modo diferente de vivir el misterio de la presencia de la Trinidad en nuestra vida: «Honrad los unos en los otros a Dios, de quien habéis sido hechos templos» (reg. 1, 8), y de la participación de todos formando el Cuerpo místico de Cristo.

En las *Constituciones* se presenta la vida fraterna como camino por el que pasa la búsqueda y la contemplación: «La búsqueda y contemplación pasan por la experiencia y adoración de Dios en los hermanos» (*Ib.*, 14), como medio de protección mutua ante los peligros. «Dios, que habita en vosotros, también os protegerá por medio de vosotros mismos» (*Ib.*, 496). Y como fuente de donde brota espontáneamente nuestra misión evangelizadora: «El religioso, en virtud del amor, que es difusivo, obra y trabaja para que todos amen a Dios con los hermanos, y está siempre dispuesto al servicio del reino, siguiendo el evangelio y según el carisma de la orden» (*Ib.*, 23).

9. La vida de comunidad como dinámica dialéctica entre diversos valores

«La Iglesia, una y santa, en su peregrinar por este mundo, se ha caracterizado constantemente por una tensión, muchas veces dolorosa, hacia la unidad efectiva»

(VFC 9). «La comunidad sin mística no tiene alma, pero sin ascetismo no tiene cuerpo» (VFC 23).

La comunidad ha de ser entendida en su relación dialéctica con las personas que la componen y con la misión. No cabe hablar de la comunidad sin tener en cuenta al mismo tiempo estas otras dos polaridades. Sería un discurso abstracto sobre la vida en comunión. La vida toda ella es tensión, ya sea por el hecho de tener que escoger algo dejando otras cosas (opción), ya sea porque hay que integrar polaridades antagónicas en una síntesis de contrarios (integración).

Ahora bien, hay tensiones sanas y tensiones malsanas. Son sanas aquellas que ayudan a crecer a la persona. Sin tensión no hay crecimiento. El Reino no avanza sino en tensión con determinados conflictos históricos. Sin un margen de tensión, la vida se paraliza y la persona se estanca. La vida de comunidad también.

Al tratar sobre la vida de comunidad, es fácil caer en una poetización idealizada de la comunión fraterna, llevados de la ilusión del deseo. Pero los inevitables conflictos de la vida en común se encargan de despertarnos de esas falsas ilusiones para devolvernos a la cruda realidad de nuestras problemáticas relaciones comunitarias. Recuerda Bonhoeffer que

«aquél que ama más su sueño de una comunidad cristiana que aquella comunidad a la que pertenece, se convierte en destructor de la comunidad cristiana, por más honestas, serias y abnegadas que sean sus intenciones personales»¹².

Las tensiones comunitarias son las que nos marcan el camino, esa especie de Mar Rojo que es preciso transitar cada día, para avanzar hacia la tierra prometida de la comunión fraterna. Todos nos sentimos impulsados a salir de nuestra soledad para lograr esa tierra prometida del encuentro con el otro. Vivir se convierte así en el arte de convivir, donde se da esa forma de vibración y plenitud existencial donde ahuyentamos el fantasma de la soledad, donde descubrimos y vivimos lo mejor de nosotros mismos y descubrimos la salvación que Dios nos ofrece en los hermanos.

Precisamente porque la vida de comunidad crece en tensión de tendencias antagónicas, pronto descubrimos que toda forma de convivencia, en cualquiera de sus formas, es fuente de conflictos. Y también que la vida de comunidad es una llamada permanente a abordar y resolver positivamente los conflictos y tensiones que conlleva. Cuando este antagonismo de tendencias contrapuestas se resuelve en una síntesis integradora, es cuando la persona y la comunidad avanzan hacia el encuentro de comunión fraterna, convirtiéndose esta en la gran mediación posibi-

12 D. BONHOEFFER, *Vida en comunidad*, Salamanca, Ed. Sígueme, 1982, 17.

litadora y plenificadora de la vida consagrada. Veamos algunas de estas tensiones, que bien podríamos denominar los actuales miedos surgidos en esta dialéctica persona-comunidad.

a. *Tensión entre don y tarea: genera una comunidad de hijos y de hermanos*

Nunca la vida de comunidad fue fácil. Al contrario, se nos dijo que es la realización misma de la utopía del Reino (cf. Hch 2, 42-47). El ideal de la comunión se hace realidad cuando se la acoge como don y se convierte en nuestra principal tarea. Ya lo advierte Casaldáliga, haciéndonos ver que la comunidad crece cuando es acogida como don y es trabajada como ideal:

Dos son los problemas,
dos:
Los demás y yo.
El difícil otro y el difícil yo.
El duro nosotros
de la comunión.

No cualquier forma de convivencia constituye vida en comunidad. Hay comunidades que no pasan de ser un agregado de personas solitarias, tal vez muy trabajadoras para narcotizar ese sentimiento de soltería. Hay comunidades en las que los individuos no se sienten escuchados en sus necesidades personales y se ven sometidas a las manipulaciones de personas autoritarias o de la institución sacralizada.

Nacida de una experiencia fundante en la que Dios se presenta como lo único que puede colmar las aspiraciones de plenitud y de sentido, nuestra vida consagrada se sostiene si dilata a diario su corazón para acoger el don de ser constituidos en hijos y para entregamos a la tarea de construir una fraternidad solidaria. La comunidad necesita mirarse en Dios para entenderse a sí misma. Y es que Dios mismo es comunidad y, por ello, criterio de comunidad.

La vida fraterna manifiesta al Padre, que quiere hacer de todos los hombres una sola familia, manifiesta al Hijo encarnado, que reúne a los redimidos en la unidad, mostrando el camino con su ejemplo, su oración, sus palabras y, sobre todo, con su muerte, fuente de reconciliación para los hombres divididos y dispersos; manifiesta al Espíritu Santo como principio de unidad en la Iglesia, donde no cesa de suscitar familias espirituales y comunidades fraternas (vc 21).

Estar hechos a imagen de Dios (cf. Gn 1,17) significa que estamos hechos para la comunión y que nuestra plenitud consiste en avanzar hacia la vida de comunión. No se entra a formar parte de una comunidad religiosa para vivir no sabemos qué existencia ético/moral más elevada. La vida de comunidad busca

realizarse según el ser mismo del Dios-Comunidad. La santidad de Dios se nos manifiesta como un amor que genera comunión. Por eso, nuestra santidad no se confronta con unas normas morales, sino en aprender directamente del Dios-comunión: «Sed santos como Dios es santo» (Mt 5,48; cf. Lc 6,36). Nuestra vida es santa si genera comunión. Pero vivir en comunidad, que es don de Dios, es al mismo tiempo tarea de los hermanos. Nuestras comunidades se sostienen en pie si avanzan en equilibrio inestable.

Es cierto que la fraternidad se construye y avanza tan sólo si los hermanos llegan a contemplarse unos a otros mirados/amados por Dios. Pero sabemos muy bien que el ser hijos no anula sin más las barricadas que levantamos a diario con nuestras resistencias narcisistas, con nuestras diferencias ideológicas y psicológicas, con nuestras ambiciones compulsas, con nuestras diferencias de gustos, de sensibilidad, de mentalidad, de carácter, con nuestras formas dispares de interpretar la realidad, de entender y utilizar el poder. Toda convivencia es fuente inevitable de conflictos. Todo conflicto se convierte en una ocasión de crecimiento si los hermanos se deciden, bajo la mirada del Padre y la acción del Espíritu, a construir la casa común en torno al Hijo, el único arquitecto de la fraternidad. Para ello hay que poner manos a la obra y estar dispuestos a dar lo mejor que cada uno lleva dentro: fe, calidad de comunicación, acogida mutua, pertenencia, recursos que las ciencias humanas ponen a nuestro alcance, tiempo, energías, corazón, voluntad de verdad y gratuidad. Así se puede avanzar hacia el encuentro de comunión.

A pesar de todo, el encuentro de comunión, por ser don de Dios y gracia que me concede el hermano, seguirá siendo algo que no podemos controlar: es gratuito. La vida en fraternidad es un arte difícil y seductor a la vez: es nada menos que la realización de la utopía del Reino.

Por lo tanto no se puede comprender la comunidad religiosa sin partir de que es don de Dios, de que es un misterio y de que hunde sus raíces en el corazón mismo de la Trinidad Santa y santificadora, que la quiere como parte del misterio de la Iglesia para la vida del mundo (VFC 8).

b. Tensión entre autonomía e interdependencia. Su fruto: sentido de pertenencia

Nada como la cruz de Cristo puede dar de un modo pleno y definitivo estas certezas y la libertad que deriva de ellas. Gracias a ellas, la persona consagrada se libera progresivamente de la necesidad de colocarse en el centro de todo y de poseer al otro, y del miedo a darse a los hermanos (VFC 22).

Autonomía/interdependencia es una de las tensiones básicas más poderosas de la vida humana. Por un lado está el deseo de «vivir a mi aire», de «independencia», de que me «dejen de problemas» que «más vale vivir solo que mal acompa-

ñado». Pero por otro, está la necesidad de «ser acogido», de «tener una familia», de «sentirse acompañado» y de no andar «como lobo estepario», sin tener nadie que le espera ni con quien compartir la mesa, las horas de la noche, la intimidad, un proyecto de vida.

Por un lado necesito afirmarme a mí mismo, garantizar mi autonomía, el poder ser yo mismo dentro de un espacio propio y, por otro, la necesidad de pertenecer a un grupo humano en el que se me valore, se me reconozca y se me quiera. Surge así el inevitable conflicto o tensión entre el individuo y el grupo, entre persona y la institución, entre la subjetividad libre, la norma, la organización y la institución: entre yo y tú, entre yo y los otros.

Este conflicto se resuelve cuando la persona, siendo fiel a sí misma, logra identificarse con los valores que fundan y conexionan un grupo. De esa forma la persona inicia un primer éxodo de liberación paradójico: al salir hacia esos valores se reencuentra a sí mismo a un nivel existencial más rico y con poder de dar sentido a su existencia, a su ser y quehacer. La comunidad religiosa está llamada a ser el grupo de referencia y de pertenencia en la que se resuelve esta tensión.

Sólo puedo hablar de experiencia de fraternidad cuando he compartido mi vocación y he arriesgado con mis hermanos mi intimidad, cuando he sufrido y gozado con ellos, cuando intento aceptarlos con sus manías, cuando crezco en fidelidad a ellos, cuando llego a esperar con ellos contra toda esperanza.

Tras haber sufrido y gozado en mi comunidad encuentro la solución a esta tensión autonomía/interdependencia: descubro que sin los hermanos que Dios me ha dado mi proyecto evangélico de vida no tiene sentido. De esta forma vamos resolviendo las paradojas de la vida comunitaria y acontece el prodigio de ir pasando de vivir «para sí» a vivir cada vez más «para los otros», a armonizar la dialéctica entre lo personal y lo comunitario, a integrar la autonomía con la pertenencia como algo plenificante, a asumir las diferencias con paz, como algo constitutivo de todo vivir en comunidad, a aceptar al otro como es y darle tiempo para que crezca en libertad, a descubrir que yo puedo ser motivo de alegría o de sufrimiento para mis hermanos y que eso, en parte, depende de mí.

El amor es la resolución paradójica de esta tensión: cuanto más consigo dejarme interpelar por los hermanos, con más claridad puedo experimentar que se realiza en mí lo mejor de mí mismo.

c. Tensión entre soledad y comunicación. Encuentro de comunión

La exigencia más sentida de incrementar la vida fraterna de una comunidad lleva consigo la correspondiente necesidad de una comunicación más extensa y

más intensa (VFC 29). En muchas partes se siente la necesidad de una comunicación más intensa entre los religiosos de una misma comunidad. La falta y la pobreza de comunicación genera habitualmente un debilitamiento de la fraternidad a causa del desconocimiento de la vida del otro, que convierte en extraño al hermano y en anónima la relación, además de crear verdaderas y propias situaciones de aislamiento y de soledad (VFC 32). Esta amplia comunicación, requerida en distintos niveles, dentro del respeto de la fisonomía propia del instituto, crea normalmente relaciones más estrechas, alimenta el espíritu de familia y la participación en todo lo que atañe al instituto entero, sensibiliza ante los problemas generales y une más a las personas consagradas en torno a la misión común (VFC 30).

Otra de las tensiones que, para hacer posible la vida de comunidad, es preciso resolver, es la dialéctica entre el derecho a la intimidad y la comunicación. Por un lado está el derecho y la necesidad de cultivar la propia intimidad y los espacios de libertad: experiencias y proyectos más íntimos, la privacidad, los espacios propios, el conocimiento de las fortalezas y debilidades, la historia personal, los afectos y las convicciones más profundas. Pero para que pueda vivir en comunidad, esto es, para que pueda entablar relaciones vivas con los hermanos, para que me puedan comprender y aceptar en mi realidad, en mis limitaciones y en mis valores, los demás necesitan conocerme, saber de mis proyectos, de mis sentimientos, de mis deseos más íntimos.

En cualquier caso, una cosa es cierta: sin una comunicación fluida, sincera, capaz de transmitir ciertos niveles de intimidad, de sentimientos, de deseos y de convicciones, una comunidad no avanza ni humana ni espiritualmente. Es cierto que toda comunicación y todo darse a conocer al otro supone un riesgo: el poder ser traicionado. Pero la aceptación de los hermanos pasa por su mutuo conocimiento en profundidad: cuando miro no sólo sus actos, sino su persona en sus condicionamientos históricos, en sus necesidades íntimas, entonces estaré capacitado para entenderlo y aceptarlo como es. El conocer al otro tiene el poder de transformar mi modo de mirarlo sin juzgarlo. «Para llegar a ser verdaderamente hermanos es necesario conocerse. Para conocerse es muy importante comunicarse cada vez de forma más profunda» (VFC 29).

Nuestras comunidades deberían llegar a un nivel de madurez humana y religiosa suficiente como para intercambiarse niveles de autoconocimiento que posibiliten la aceptación y la ayuda mutuas para poder crecer juntos.

De este modo, podemos concluir que: a) sin correr los riesgos de una comunicación de calidad no se puede avanzar hacia el encuentro de comunión; b) los niveles de comunicación van aumentando según aumentan los niveles de acogida afectiva, confianza y fiabilidad de cada hermano y de la comunidad.

No hay por qué comunicar todos los niveles de intimidad a la comunidad. La comunicación es un ejercicio de autenticidad para ayudarnos a conocernos y darnos a conocer tal como somos, para podernos aceptar y poder ser aceptados por los otros tal como somos.

d. Tensión entre sintonía y diferencias. Enriquecimiento mutuo

La grandeza y, a la vez, la dificultad de la vida fraterna en comunidad consiste en que el reconocimiento y la defensa de la pluralidad y de las diferencias entre los miembros de la comunidad son tan importantes como la afirmación de su comunión (cf. 1Cor 12,4-11). No es posible una vida de comunidad adulta sin el reconocimiento de las diferencias.

Todo discurso sobre la comunión que no integre el conflicto y la diferencia es ideológico: oculta el poder manipulador que se ejerce, ya sea por parte de la autoridad, ya sea por algún otro grupo de presión, ya sea por algún otro tipo de chantaje ejercido desde la debilidad o desde el poder.

Una de las tensiones que tenemos que asumir en la vida religiosa, es que debemos aprender a convivir con el conflicto y que tenemos que aprender a manejarlo y resolverlo positivamente para convertirlo en una ocasión de crecimiento. Es la tensión que se da entre sintonía/diferencia.

La comunidad se funda en que hay un núcleo de valores centrales que las personas comparten y que hacen posible el encuentro en comunión. La comunión es aquel encuentro que acontece entre personas que sintonizan a niveles existenciales y afectivos de fondo. La común-uniión tiene lugar en aquel centro personal que nos define y constituye de modo más radical y que, por ello, tiene poder de relativizar nuestras diferencias en otros niveles, aunque nunca las anule.

Lo que funda la comunidad es, pues, la sintonía en los valores fundantes, y no la simpatía que brota natural entre las personas. Esto no transforma sin más las discordancias en simpatías naturales, pero sí proporciona las bases para lograr una sintonía que posibilite caminar hacia el encuentro. Y es que el verdadero encuentro, a la larga, se construye más desde la sintonía en las identidades de fondo que desde las simpatías periféricas. Sin una mirada teologal sobre el hermano, sin verlo mirado/amado por el Padre que lo transfigura, todas las destrezas psicológicas resultan estériles y se estrellan ante mis resistencias narcisistas instintivas.

Ahora bien, el que se dé esa sintonía de intereses vitales, Dios y su Reino, no elimina las diferencias psicológicas ni el conflicto: gustos distintos, percepciones dispares de la realidad, estrategias distintas de acción, ejercicio del poder. Para resolver estas diferencias no hay otra salida que la negociación a partir de

aquellos principios de comunión y de sintonía en los que se funda la comunidad y desde los que cabe resolver positivamente los conflictos con la praxis del discernimiento:

- a) análisis de la situación,
- b) discernimiento de valores e intereses que están en juego,
- c) comprensión con las necesidades personales y
- d) fidelidad al proyecto común.

Negociando así el conflicto, todos salen ganando y la comunidad se consolida y crece sobre sus fundamentos. Todo ello nos remite a la necesidad de fundar la comunidad sobre buenos niveles de comunicación: el diálogo es el nuevo nombre de la caridad.

Es significativo que, en palabras de Apóstol, el «camino más excelente» (1Co 12, 31), el más grande de todos, es la caridad (cf. 1Co 13, 13), la cual armoniza todas las diversidades e infunde en todos la fuerza del apoyo mutuo en la acción apostólica (vc 46).

e. Tensión entre ser y hacer. Vida de amor en el servicio a la Iglesia

Por los años del postconcilio hizo fortuna una máxima que entró a formar parte del argot de la vida consagrada de nuestros días: «Los religiosos han de dar prioridad al ser sobre el hacer» La expresión es muy antigua. Lo que en principio parece apuntar hacia una gran intuición carismática, en realidad encierra una especie de sofisma seductor. Ni antropológica ni teológicamente parece sostenible este enunciado. Pues no es concebible pensar el ser del hombre al margen de su hacer. El hombre es un ser dinámico que se va haciendo a sí mismo desde lo que va haciendo. Lo que hace, lo hace.

Lo propio del hombre consiste justamente en que actúa sobre sí mismo modificando su ser con su quehacer. Su ser no podrá reducirse a su quehacer, pero separado de éste es un fantasma. El problema no es dar prioridad al ser sobre el hacer. El problema es cómo y qué hacer para que yo llegue a ser la persona que estoy llamado a ser.

La tensión entre ser/hacer se resuelve en una vida de amor/servicio y en crecimiento como dinámica de procesos de transformación. Unos momentos serán más contemplativos, otros más comprometidos históricamente. Pero la clave de discernimiento consistirá siempre en ver si avanza en procesos de transformación personal hacia la práctica de la misericordia como servicio. La verdad de mi hacer se muestra en que genera comunión. Mi hacer transformará entonces mi propio ser.

Es convicción general, especialmente para las comunidades religiosas dedicadas a obras de apostolado, que resulta difícil encontrar, en la práctica cotidiana, el justo equilibrio entre comunidad y tarea apostólica. Si es peligroso contraponer las dos dimensiones, no es, sin embargo, fácil armonizarlas. También ésta es una de las fecundas tensiones de la vida religiosa, que tiene la misión de hacer crecer al mismo tiempo tanto al «discípulo» que debe vivir con Jesús y con el grupo de los que le siguen, como al «apóstol», que debe participar en la misión del Señor (VFC 59).

10. Utopía de la vida fraterna en comunidad

La experiencia de comunión fraterna en nuestras comunidades es un arduo camino que nos lleva a participar del don de la santidad que Cristo nos ofrece. Es su amor el que nos santifica. «En virtud de este amor, nace la comunidad como un conjunto de personas libres y liberadas por la cruz de Cristo» (VFC 22). Pero esta santidad es al mismo tiempo la maduración personal de cada uno de nosotros integrándonos como miembros del Cuerpo místico de Cristo.

Nuestra experiencia de comunión constituye un signo y anticipo de la felicidad plena que esperamos. Esta alegre esperanza se nos muestra en la tradición y la doctrina cristiana unida a la experiencia comunitaria: «Ved qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos» (Sal 133). «Una fraternidad donde abunda la alegría es un verdadero don de lo Alto a los hermanos que saben pedirlo y que saben aceptarse y que se comprometen en la vida fraterna confiando en la acción del Espíritu» (VFC 28). Este don se multiplica con el sincero compromiso cotidiano de vivirlo en plenitud.

Nuestras *Constituciones* expresan esta utopía y nos la presentan como una realidad esperanzadora:

Entre los miembros de la comunidad reine una amistosa convivencia en Cristo: fomenten todos los hermanos en diálogo abierto la confianza mutua, socorran a los enfermos, consuelen a los desanimados, alégrense sinceramente de las cualidades y de los triunfos de los demás como si fueran propios, unan sus esfuerzos en la tarea común y cada uno encuentre su plenitud en la entrega a los demás (Const. 18).

Esta práctica de la vida común, en la que todos se muestran contentos de su vocación y de la compañía de los hermanos de modo que de la comunidad fluye por doquier el buen olor de Cristo, representa no sólo «nuestra máxima penitencia», sino el sentido de nuestra plenitud humana y de nuestra santificación que nos lleva a integrarnos en el Cuerpo místico de Cristo e identificamos con Él. Constituye además un signo privilegiado y creíble, «que ejerce un natural encanto sobre los jóvenes» (VFC 24) y anticipa, como fermento y signo creíble, el Reino de Dios.

11. Nuestro estilo en el servicio: el trabajo en equipo

Hemos insistido reiteradamente en el tema de la comunidad en sus tres aspectos: personal, comunitario y apostólico, para poder entender la vida consagrada en profundidad. Así mismo hemos centrado las formas nuevas de santidad en ser constructores de comunión en la Iglesia y en el mundo. Alfredo Arce lo explica por medio de un símil deportivo: el trabajo en equipo.

Distinguimos tres apartados:

- a) Aspecto jurídico: la ficha (pertenencia al club), el contrato, derechos y deberes... Estarían representados en este apartado la llamada de Dios, nuestra respuesta y consagración, los compromisos públicos que manifiestan nuestra identificación y pertenencia a la orden.
- b) Entrenamiento diario: se busca la mejora física, técnica, táctica y estratégica. Aplicado a nuestro estilo, representa el ejercicio ascético tanto en hábitos individuales como en las actitudes que hacen posible la relación e integración mutua y la capacidad de entrega. Cabe recordar el ejercicio de las virtudes teologales, cardinales y sociales.
- c) Encuentro deportivo: todo el entrenamiento va orientado hacia el éxito en el encuentro. El adversario es difícil, marrullero, con malas artes y muy pegajoso; sabe bien su oficio. Su nombre: el combinado mundo-demonio-carne.

A la hora de afrontar el encuentro es necesario un planteamiento claro que una las voluntades y esfuerzos:

- a) Fe en la victoria. Hay que salir a ganar. Es fundamental una mentalización clara y concentración en el juego. Somos mejores y está Dios con nosotros.
- b) Compromiso. El sistema de juego nos compromete a todos de una manera determinada y concreta. No todo vale ni nadie puede ir por libre.
- c) Participación-responsabilidad. Todos participamos en el juego desde nuestra respectiva posición en el campo. No todos de la misma manera, pero sí todos con el mismo afán.
- d) Disciplina. Es necesario poner nuestras individualidades y bienes particulares a favor del bien común. Debe prevalecer el bien común sobre el particular.
- e) Apoyos. El éxito en el encuentro de la vida, tanto en ataque como en defensa, consiste en los buenos apoyos. Cuando se ataca para abrir espacios y romper la defensa contraria y cuando se defiende, achicando espacios e impidiendo que el rival «vea puerta». La calidad en las relaciones humanas, crear comunión, lazos, etc.

- f) Cautelas. Evitar la autosuficiencia y confianza excesivas. Evitar las distracciones y faltas de concentración. Evitar la comodidad, que consiste en hacer lo que me agrada y evitar lo que me desagrada.

12. Conclusiones y propuestas

Si no queremos caer en un discurso ideológico sobre la vida de comunidad hemos de tratarla teniendo presentes los tres momentos del proyecto de vida consagrada: el personal, el comunitario y el histórico social. Esto supone que la vida fraterna en comunidad hay que vivirla asumiendo las tensiones que se generan entre estos tres momentos. La resolución de esas tensiones trae como fruto el encuentro de comunión, lo cual exige dos cosas: celebrar y acoger la comunidad como don de Dios que nos fundamenta como comunidad de hijos y de hermanos y afanarnos en una apasionante tarea que exige nuestros mejores esfuerzos para construir una vida de común-uniión que se haga creíble por sus frutos de la nueva humanidad: una vida comunitaria de calidad y solidaria. En esto conocerán que somos sus discípulos y la vida consagrada será un proyecto creíble (cf. Jn 13, 35).

La propuesta fundamental la tenemos delineada en la misma definición de persona y comunidad: ambas son realidades irrenunciables. La persona necesita de la comunidad y la comunidad necesita de la persona. Cuando una crece la otra crece, y viceversa. Así pues, potenciemos la persona, potenciemos la comunidad y ambas saldrán ganando.

Y si eso lo hacemos bien, dirán de nosotros lo mismo que de los primeros cristianos: «Mirad cómo se aman». Y ahí tendremos ya hecha la mejor pastoral vocacional que podemos hacer: siendo auténticos, consecuentes, comprometidos, alegres, trabajadores, contemplativos y activos... Si eso lo hacemos, abramos las puertas de nuestras comunidades, invitemos a los jóvenes a compartir la mesa con nosotros, a rezar con nosotros, a ver qué dulzura y delicia es el convivir los hermanos unidos con una sola alma y un solo corazón dirigidos hacia Dios.

Antonio CARRÓN DE LA TORRE
Colegio Santo Tomás de Villanueva. Granada

Resumen

La mentalidad contemporánea tiende a la unidad y no al dualismo, pero a dicha tendencia no le es ajeno el reconocimiento de tensiones originadas por la multiplicidad de dimensiones que caracterizan la realidad. Entre éstas se halla la tensión entre persona y comunidad, sobre la que han disertado los movimientos filosóficos y culturales del último siglo. El artículo parte del principio de que ambas realidades se constituyen en fundamento y sentido la una de la otra y, atendiendo al pensamiento actual y al desarrollo de las nuevas tecnologías, ofrece pistas para solventar dicha tensión, integrándola en el proceso formativo de los religiosos.

Abstract

The contemporary mentality tends towards unity and not towards dualism, but the recognition of the tensions arising from the multiplicity of dimensions that characterize the reality is linked to the said tendency. One of these tensions exists between the person and the community, which philosophical and cultural movements of the last century have discussed. In this article, the author begins with the principle that both realities reciprocally constitute each other's foundation and sense. As he deals with the present thought and the development of new technologies, he offers guidelines to resolve such tension, integrating it to the formative process of the religious.